

El estudio y conocimiento de la Roma artística, con sus museos y monumentos de renovada expresión de belleza, sugieren a la pluma de Martín Aldao (hijo) no pocas páginas bien logradas, las que muestran a su espíritu inclinado con evidente afecto a las manifestaciones del arte en sus fuentes más legítimas y en sus exponentes más altos. Cierta abundancia de referencias arqueológicas empaña la limpidez de algunos capítulos. Por momentos, el marco resulta demasiado amplio, de suerte que el paisaje ahoga la línea del episodio.

*El Destino de Irene Aguirre* constituye la obra primigenia de Aldao (hijo). Si ella no contuviera atisbos de vigor y aspectos parciales que revelan la presencia de estimables condiciones para la obra de imaginación en la que el autor se inicia, habríamos de señalarle con mayor insistencia los flecos que su lectura nos descubre. No podemos, por otra parte, olvidar que el autor de esta novela es un hombre joven, de escasos veintitrés años, y esta circunstancia no puede dejar de considerarse al apreciar los alcances de su obra.

Creemos que Martín Aldao (hijo) posee, en embrión algunas y desarrolladas otras, las cualidades requeridas a un novelista. De aquí que deseemos que sus obras futuras nos lo muestren más cerca de nuestro medio, de la realidad social que nos circunda y de los problemas propios. La novela argentina sigue necesitando y esperando la contribución de quienes-

poseedores de talento y capacidad creadora, realicen la tarea de enriquecer el escaso acervo de producciones que contemplan los vastos y sugerentes motivos que se extienden en torno nuestro y que constituyen el eje de nuestras impresiones e inquietudes cotidianas.

*El Destino de Irene Aguirre* podrá poseer méritos estimables y podrán también tenerlos todas las producciones que, como ésta, se inspiren en paisajes ajenos a los del medio ambiente, aun cuando sus personajes guarden relación con nuestros hábitos, hablen nuestro idioma y finquen en el país sus intereses, pero su trascendencia será limitada y reducida, por lo mismo que sólo enfocan un aspecto estrecho del panorama social.

Escuche Martín Aldao (hijo) el fragor de la vida en sus modulaciones más vitales; inclínese a observar los afanes, inquietudes y dolores colectivos; pulse el grado de los anhelos y alegrías de quienes fecundan las matrices del progreso e inspire en el espectáculo dinámico y vitalizador de cada día su labor literaria. Cuando así lo haga, subsanados por la experiencia y la observación los errores de su primera novela, Martín Aldao (hijo) nos ha de brindar producciones en las que el vigor y la enjundia del motivo se aliarán a la soltura de su forma y de su estilo.

---

EVARISTO CARRIEGO, por *Jorge Luis Borges*.

Después del documentado tra-

bajo de José Gabriel y el meritorio estudio de Alvaro Melián Lafinur acerca de la vida y obra del autor de *Misas Herejes*, nos asiste el derecho de exigirle, a quien intente un nuevo ensayo de ubicación literaria o una crítica de aliento, una labor que supere a la ya conocida, en calidad, alcances y definiciones.

El comentario que Jorge Luis Borges ha compuesto, no sólo no supera a los más difundidos trabajos antes citados, sino que se evidencia como inferior a ellos. Carece de figura propia, de vigor personal. Quien lea estas páginas está obligado a conocer las publicadas por Gabriel, Lafinur y Más y Pí si es que desea poseer alguna noticia concreta de la vida de Carriego. Con la sola lectura de este libro su figura se nos muestra opaca, difusa, lejana. Una total ausencia de vitalidad orgánica cruza sus páginas. Hay palidez en los rasgos, anemia en las líneas.

El trabajo de Borges puede ser, sí, un complemento de los más serios estudios en torno al tema. Juzgado individualmente, se resiente por su someridad que en este caso no es, precisamente, un propósito de síntesis.

Más que destinado a estudiar el espíritu, el medio y el valor de la producción de Carriego, este trabajo parecería enfocado a evocar, con ligereza, al orillero, al compadrito, a las calles del barrio y a los motivos familiares del poeta. Sus elementos complementarios, sus adyacencias; nunca su esencia, su fuerza anímica. Es innegable que en este propósito Borges logra algunos aciertos, en particular en las páginas que dedica al truco y a las inscripciones de los carros.

Con este libro Borges no supera a su obra anterior. Sólo tiene, pues, un mérito. El de señalarnos sus actuales inquietudes estéticas. Está en Carriego.—*Salomón Wapnir*.